

México, D.F., a 25 de febrero de 2014.

ENRIQUE KRAUZE

Discurso durante la ceremonia de reconocimiento por los 30 años de la publicación de su ensayo “Por una democracia sin adjetivos”, en el Palacio Legislativo de San Lázaro.

Dip. Ricardo Anaya Cortés

Presidente de la H. Cámara de Diputados

Dip. Silvano Aureoles Conejo

Presidente de la Junta de Coordinación Política

Dip. Manlio Fabio Beltrones Rivera

Coordinador del Grupo Parlamentario del PRI

Dip. Jorge Villalobos Seáñez

En Representación del Coordinador del Grupo Parlamentario del PAN

Dip. María Sanjuana Cerda Franco

Coordinadora del Grupo Parlamentario de Nueva Alianza

Dip. José González Morfín

Vicepresidente de la H. Cámara de Diputados

Dip. Francisco Arroyo Vieyra

Vicepresidente de la H. Cámara de Diputados

Dip. Maricela Velázquez Sánchez

Vicepresidenta de la H. Cámara de Diputados

Dip. Aleida Alavés Ruiz

Vicepresidenta de la H. Cámara de Diputados

2014-02-23

Señores Diputados:

Es para mí un acto de profunda significación el que la Cámara de Diputados de esta Legislatura recuerde el ensayo “Por una democracia sin adjetivos”, que publiqué en la Revista *Vuelta* en enero de 1984, hace justamente treinta años. Más honroso aún es que ese recuerdo no haya quedado en palabras sino en palabras impresas, en un pequeño libro que atesoraré siempre porque su edición proviene del órgano histórico de la representación, las leyes y la deliberación en México.

No aludiré a la historia de aquel texto, que está relatada brevemente en el libro que ustedes han tenido la bondad de editar. Diré sólo que en 1984, después de la tragedia del 68 y las desastrosas administraciones que le siguieron, tuve la certeza de que el poder debía regresar a su origen soberano: el pueblo, encarnado no en una entelequia colectiva sino en la suma de las voluntades individuales de los ciudadanos expresadas en el voto.

Esa era la vía posible y deseable para México: una profunda reforma democrática, pero no sólo la que de manera fragmentaria tutelaba desde 1977 el PRI, sino justamente la democracia que muchos grupos desdeñaban con los adjetivos “burguesa” o “formal” y que yo valoraba en su sentido llano, directo y clásico: una “democracia sin adjetivos” en la que los votos contaran y se contaran, en la que hubiera genuina competencia de partidos, en la que el Estado (y sobre todo el Presidente) encontrara límites tangibles a sus infinitos y costosísimos caprichos, en la que la libertad de expresión ejercida por el Cuarto Poder (la prensa, los medios) fuera el faro vigilante de los otros poderes y una luz de información para el público lector.

Creo que, en un sentido sustancial, ese tránsito que quise vislumbrar se ha dado. Hoy el Presidente no tiene un poder imperial sino acotado: sólo puede hacer uso (bueno o malo, es otro tema) de su potestad constitucional. Hoy la vida de partidos es genuina y se refleja en el Congreso. Hoy existe un órgano independiente que organiza y lleva a cabo, con los ciudadanos, las elecciones. Hoy tenemos otras configuraciones institucionales que no existían en 1984, entre ellas una Suprema Corte autónoma, un Federalismo problemático pero real, una legislación y un instituto que transparentan la gestión gubernamental. Y si de libertad de expresión se trata, si bien existen límites dramáticos en varias zonas del país (me referiré a ellos enseguida) hoy decenas de revistas, periódicos, estaciones de radio y televisión, comunicadores, periodistas, académicos, intelectuales, estudiantes, grupos de la sociedad civil y redes sociales la ejercen con mayor latitud que entonces, cuando privaba, única e indisputada, la verdad oficial.

Pero no nos engañemos: estamos lejos, muy lejos de que nuestra democracia pueda proclamar su triunfo histórico. Nuestra democracia tiene graves limitaciones. Hay un problema real de representación. Muchos mexicanos no la entienden porque no la han visto operar con claridad y eficacia. Y si la gente no se siente representada, opta por soluciones de hecho, no de derecho. Otro problema delicado es la corrupción de los gobiernos estatales y municipales: la falta de transparencia en esos ámbitos es un hondo agravio. En cuanto al IFE, se han dado pasos, a mi juicio preocupantes, para desnaturalizarlo. Ha sido y debe seguir siendo una institución ciudadana. Otro hecho lamentable ha sido el poder que en estos años de descentralización política han acumulado y ejercido los llamados "poderes fácticos". En este caso, por fortuna, las leyes que se han aprobado parecen destinadas a poner coto necesario a sus abusos. Y finalmente, en efecto, ¿cómo olvidar los sangrientos límites a la libertad de

expresión que ponen a los periodistas los grupos criminales muchas veces coludidos con los gobiernos estatales? ¿Cómo hablar, en suma, del triunfo de la democracia mexicana cuando territorios enteros del país han dejado de ser México para volverse cotos sin ley?

Esas son algunas de nuestras carencias, pero entre todas hay una muy arraigada que no preví en aquel ensayo escrito al calor de la juventud y la esperanza: me refiero a nuestra pobre, muy pobre cultura democrática. Todos repetimos los valores que la constituyen pero apenas los ejercemos: atención comedida a las opiniones ajenas, civilidad en el trato, inclinación a escuchar para ser escuchado, respeto a las leyes, devoción a las instituciones, y la palabra que debería guiar cada acto: tolerancia. Para arraigar esos valores, en Letras Libres, desde hace muchos años, hemos insistido en la necesidad de propiciar, en las escuelas de todo nivel y en los medios, la costumbre del debate. Poco hemos avanzado.

La cultura política se manifiesta hoy, para bien y para mal, en las redes sociales. Representan el milagro de la conversación universal pero a menudo aparecen en ellas los antivalores: la descalificación, la calumnia, el insulto, el griterío, el prejuicio ideológico, el deseo de imponer, no de convencer, no de convivir, no de dialogar.

¿Por qué persiste en México esta atmósfera inquisitorial? Tengo una hipótesis. Porque quienes deberían ser los principales defensores de la libertad y la democracia las han olvidado.

Quiero recordar ciertos días remotos y cruciales de mi propia vida y la de mi generación. Miles, decenas de miles, por momentos centenares de miles de jóvenes estudiantes se manifestaban en las calles por la libertad. No protestaban sólo contra un mal gobierno (hay tantos en el mundo) sino contra un gobierno opresivo que cerraba periódicos, acallaba la radio,

controlaba por completo la televisión, corrompía el discurso público, acarreaba a las masas como ganado político, imperaba sobre los órganos electorales, fiscales, legislativos, judiciales; usaba y abusaba, como propiedad privada, de los bienes públicos. Y ¿cómo enfrentaba ese gobierno a los manifestantes? Los enfrentaba con tanques, con grupos armados que disparan a los civiles, con repetidas intimidaciones, encarcelamientos, secuestros. Con fuego. ¿Y a quien atribuía las protestas estudiantiles? A fuerzas oscuras que desde fuera conspiraban contra el país. ¿Estoy hablando de México 68? Sí, pero también estoy hablando de Venezuela 2014.

Quizá mi mayor timbre de orgullo fue haber participado en aquel movimiento que cambió para siempre la vida política de México. Con su pasión y su sacrificio, la generación estudiantil del 68 –estoy convencido– fue la precursora de las libertades políticas que (con todos sus defectos y limitaciones) hoy tenemos. Pero importa recordar que la hazaña de aquellos estudiantes, la hazaña del 68, fue también la hazaña de la izquierda mexicana. Fue esa izquierda la que salió a las calles. Fue esa izquierda la que cayó en Tlatelolco. Y fue esa izquierda la que sufrió prisiones y torturas. La izquierda de José Revueltas, la de Heberto Castillo, la de Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca; la izquierda de centenares de pensadores, escritores, maestros, estudiantes, periodistas, que luchaban por arrancar al gobierno ciego y sordo una señal, una voluntad de diálogo. A esa izquierda. a esos estudiantes, ese gobierno no les contestó con argumentos, les contestó con balas.

Pues bien, hoy, y lo digo con pesar, no pocos herederos de esas corrientes intelectuales, políticas y estudiantiles defienden las acciones represoras de un gobierno, el venezolano, que tiene el tufo del de Díaz Ordaz.

Pero no están solos, ni son los únicos, también los gobiernos de la región latinoamericana permanecen callados y en Brasil, la joven Dilma Rousseff, la guerrillera torturada por los militares ve con tristeza como Dilma Rousseff, la presidenta de Brasil apoya un régimen que reprime estudiantes.

Y en México, nuestro gobierno permanece callado. Y esta Cámara permanece callada. No se trata, en absoluto, de pedir la remoción o la caída del régimen. Ese cambio sólo puede derivar de un proceso electoral. Pero se trata, eso sí, de pedir lo mismo que nosotros pedíamos en el modesto pliego petitorio del 68: diálogo, castigo a los represores, libertad a los presos políticos, respeto a la libertad de protesta, restitución plena de la libertad de expresión.

Si el continente latinoamericano permanece callado, cuánto honraría al Congreso de México un pronunciamiento por el diálogo, la libertad y la concordia en Venezuela. Sería un peldaño más, un adjetivo menos, para nuestra democracia.